



Natalia Salerno

Departamento de
Humanidades

Universidad Nacional
del Sur (UNS)

Bahia Blanca

Contacto:

nati_salerno@hotmail.com

Morir en las grandes pestes de Maximiliano Figuepron

(2020) Buenos Aires, Siglo XXI, 190 pp.

El propósito orientador de este texto es el de efectuar un recorrido por las representaciones que surgieron durante y después de dos de los azotes epidémicos que afectaron a la Buenos Aires de finales del siglo XIX: el del cólera y el de la fiebre amarilla. Estas representaciones fueron emergiendo con diversos fines, ya sea el de narrar las catástrofes o bien el de otorgarles un sentido a los eventos traumáticos. Es por ello que el autor inicia su exposición haciendo alusión al cuadro de Juan Manuel Blanes, “Un episodio de fiebre amarilla en Buenos Aires”, debido a que constituye una de las representaciones más notorias y reconocidas de una de las epidemias que marcó la memoria colectiva con una fuerza sin precedentes, llegando a opacar inclusive, en la historia de las epidemias argentinas del siglo XIX, la irrupción de otros flagelos, como lo fue el del cólera. Cabe destacar que las representaciones abordadas en este libro no fueron únicamente las vinculadas con la salud y la enfermedad, sino también las relacionadas con el miedo y, fundamentalmente, las asociadas a un tema que se ha convertido en uno de los mayores tabúes de la modernidad: el de la muerte.

En esta investigación se introduce una manera diferente de abordar las epidemias de finales del siglo XIX, que va más allá de su concepción clásica, en tanto enfermedades que se propagaron de manera rápida en una población específica, afectando a un número significativo de personas en un período determinado. Su visión de esos sucesos entendidos como verdaderas crisis sociales, otorga una forma novedosa de aproximarse a estos eventos que enriquece su análisis, ya que permite dimensionar los impactos generados en diferentes niveles, como asimismo develar ciertas facetas de la vida social de las

personas, echando luz sobre las respuestas generadas frente a tan dramáticos episodios. De esta forma, este concepto de crisis social, no solo es de utilidad para entender a las epidemias en sí mismas, sino que sirve además para vincularlas con la historia de la sociedad en las que hicieron su aparición. Cuestiones todas ellas que, con frecuencia, pasaron desapercibidas a la hora de estudiar fenómenos epidémicos.

Tendiendo presente lo expuesto, la historia, no es concebida en esta investigación como una mera historia de las enfermedades, sino más bien como una historia de las crisis epidémicas, con todo lo que ello implica.

Otro aspecto a destacar es el objetivo de abordar las epidemias utilizando una escala temporal que trasciende el episodio en sí mismo, ponderando una serie de variables que resultan ser fundamentales para comprender la relación de las enfermedades con el proceso de institucionalización del Estado, buscando indagar los impactos que se produjeron a largo plazo. Disolviendo, en pos de ello, las fronteras que tradicionalmente se erigieron entre el Estado y la sociedad –en la que se ha centrado, en gran medida, la producción académica–, a la hora de abordar la creación de políticas de salud, lo cual constituye otra cuestión novedosa de esta investigación. En concordancia con esto, son tres los ejes de análisis que se plantean en esta obra: el rol del estado durante las epidemias, las respuestas sociales ante las mismas y las prácticas fúnebres, que son desarrollados a lo largo de seis capítulos.

Al inicio del primer capítulo el autor nos propone un recorrido por la Buenos Aires de finales del siglo XIX, por la “ciudad vivida”, partiendo de la periferia, desde los pueblos de San José de Flores y Belgrano hasta llegar a la ciudad y el puerto, itinerario que ejecuta con maestría, describiendo sus características principales. En esta *gran aldea* coexistían elementos que podían ser identificados con el progreso y otros no tanto, que requerían de una planificación urgente, propio de un espacio en constante crecimiento, donde el hacinamiento y la precariedad de los servicios comunes o la completa falta de los mismos afectaban a un número cada vez más significativo de personas. Lo que sirve de marco para adentrarse posteriormente en la Buenos Aires de las epidemias, en el escenario dramático que daría lugar a diversas representaciones colectivas.

Hacia 1850, Buenos Aires tomaría contacto, sin mayores contratiempos, con las dos enfermedades que se abordan en este libro. Pero, la situación cambiaría radicalmente tiempo después. Fiqueloni caracteriza a los años comprendidos entre 1867 y 1871 como un periodo de crisis, que se inició con la epidemia del cólera –la cual irrumpió en todas las provincias argentinas–; y que culminó con la epidemia

de fiebre amarilla –que afectó, principalmente, a las ciudades portuarias del litoral y que generó una impresionante mortandad entre la población de la ciudad de Buenos Aires–.

El autor destaca que ambas enfermedades eran deshumanizantes en el sentido que generaban cambios rápidos y terribles en los infectados, sin que nadie pudiera hacer nada al respecto, despertando un miedo inconmensurable entre la población. En este escenario fueron surgiendo diferentes representaciones que ayudaron a transitar el período crítico y que serán abordadas en el segundo capítulo. Siguiendo su planteo, fue precisamente la prensa porteña el medio por excelencia que reflejó tales experiencias de la crisis. Su análisis de este medio arroja que las representaciones sobre el miedo (miedo a la enfermedad y a la muerte) fueron relacionadas con una multiplicidad de cuestiones, como el honor, la caridad, la templanza, el silencio, la moralidad, el control de las emociones y la cobardía, esta última asociada tanto a aquellas personas que optaban por huir de la ciudad para alejarse de las enfermedades, como a aquellos que abandonaban a sus parientes enfermos y los privaban de la asistencia diaria. A su vez, pronto adquirirían vigores dos conceptos básicos: el del desequilibrio de las emociones –debido a que el miedo fue visto como factor de contagio y de propagación de las enfermedades– y el de focos miasmáticos que daban lugar a espacios considerados como insalubres –tales como el Riachuelo, el saladero, los baldíos, los conventillos, por lo que durante este proceso la propia ciudad será vista como un enorme foco de infección–.

Es menester recalcar que, pese a la profunda crisis, se produjeron diversas formas de mantener los vínculos sociales, a través de la organización de fogatas alrededor de las cuales los vecinos encontraron un lugar de encuentro y a través también de diferentes ceremonias públicas, que en resumidas cuentas contribuyeron a que la gente pudiera sobrellevar la tragedia reinante.

El tercer capítulo centra su atención sobre el estado municipal, discutiendo con aquellos relatos que le adjudicaron un rol secundario y carente de iniciativa en el tratamiento de las epidemias. Contrario a esto, se señala el papel activo que desempeñó la Municipalidad, mediante la adopción de medidas higiénicas y a través de la sanción de legislación vinculada a la salubridad que perduró a lo largo del tiempo y generó importantes cambios en sitios como los cementerios. Al mismo tiempo, se sostiene que los vecinos no se limitaron exclusivamente a acatar tales disposiciones, sino que también formaron parte de este proceso, encargándose de controlar la implementación de las mismas a través de las llamadas Comisiones Parroquiales, las cuales fueron de hecho estimuladas por el propio estado municipal.

Los capítulos cuarto y quinto abordan el análisis de los rituales fúnebres. En primer lugar, se alude a las diferentes fases del “proceso de morir” (que iniciaba con la agonía del enfermo, quien debía contar con el acompañamiento de sus afectos, siendo éstos últimos, una vez producido el deceso, los encargados de llevar a cabo las ceremonias que habilitarían la posterior inhumación del cuerpo del difunto, la que también se encontraba asociada a una serie de rituales); y se resalta que las epidemias –mayormente la de la 1871– trastocaron rotundamente a cada una de esas etapas. Se modificaron costumbres, prácticas, celebraciones, rituales y escenarios, que terminaron alejando abruptamente a los enfermos de lo que era considerado para la época como una muerte digna, brindando una amplia variedad de ejemplos extraídos de fuentes documentales que resultan ilustrativos de su planteo. Frente a esto, la sociedad porteña buscó diferentes formas de paliar la ausencia de los rituales fúnebres, sometidos a prohibiciones municipales, haciendo uso de otros recursos que permitieron rendir al menos algún tipo de tributo y mostrar respeto público a los fallecidos. En diálogo con ello, el capítulo 5, se centra especialmente en los cambios producidos en las necrópolis y se adentra en el análisis de una serie de medidas que giraron en torno al tratamiento de los cuerpos, las cuales produjeron un distanciamiento rotundo con respecto a las prácticas tradicionales, siendo evaluadas como las alteraciones más profundas que se produjeron en relación con estos rituales.

Finalmente, el capítulo 6, da un giro que nos conduce nuevamente a las primeras páginas, más específicamente a la presentación del cuadro de Blanes, con el objeto de comprender por qué la epidemia de fiebre amarilla de 1871 adquirió tanta trascendencia a lo largo de la historia. Encontrando el autor esta respuesta en el campo de las representaciones que se crearon con posterioridad a este evento y que sirvieron, en un principio, como instrumento de memoria y, más tarde, como modelos para recordar lo acaecido, a partir de una selección de hechos de ese pasado que no siempre fueron los más fieles.

De lectura amena y atrapante de principio a fin, constituye un aporte fundamental y un trabajo de consulta obligada para adentrarse en el tema de las epidemias de finales del siglo XIX. Siendo entendidas estas como verdaderas crisis sociales que trascendieron tales eventos epidémicos; que tuvieron importantes connotaciones políticas; que pusieron de manifiesto las principales falencias de una ciudad en pleno crecimiento y que generaron cambios profundos que perduraron con el paso del tiempo.

Sumado a los aspectos positivos enunciados precedentemente, el libro de Fiquelprón ofrece a sus lectores la posibilidad de acercarse a las epidemias del cólera y de fiebre amarilla, desde una realidad actual, marcada y atravesada por la incertidumbre, que nos interpela de forma constante, permitiéndonos no solo realizar ciertos paralelismos con la realidad pandémica que estamos atravesando –salvando las distancias temporales–, sino también comprender más cabalmente los significados sociales que tales eventos ocasionaron en la vida de las personas. Por lo que cada uno de los conceptos y de las transformaciones analizadas en el libro vuelven, en este contexto, a adquirir una actualidad y una fuerza arrolladora.